

Argentina**Un golpe palaciego que añadirá fisuras dentro del cuerpo armado**

por Gregorio SELSER

En la votación realizada en Castries, Santa Lucía, en torno al problema de El Salvador, el canciller argentino, Oscar Camilión, sumó su país a la mayoría que se pronunció en respaldo de las elecciones previstas para marzo de 1982 en El Salvador. Coincidió de tal modo con Chile, Uruguay, Haití, Paraguay y Guatemala —por citar algunos ejemplos—, países en los que el ejercicio de las prácticas comiciales está suspendido como mínimo desde hace siete años en los tres primeros casos, o en los que tales usos revisten mecánicos ritos formales, con previsibles resultados impuestos, en los dos últimos.

Aun admitiendo cierta forma de consulta electoral en el caso de Chile (ejercicio mediante el cual Augusto Pinochet continuará en el poder hasta fines de la década), o en el realizado en Uruguay en noviembre de 1980 (en que un plebiscito se pronunció negativamente respecto de la propuesta del régimen militar), en el caso de la Argentina ni siquiera estaba formulada como hipótesis la eventualidad de elecciones democráticas con posterioridad al mandato conferido por sus pares al teniente general Roberto E. Viola, que debía concluir en 1984.

Una simple lectura de la prensa argentina a lo largo de 1981 mostraría que en tanto el testamento gubernamental consentía el debate en torno de posibles candidatos militares de reemplazo, rehusaba ingresar a una discusión pública a la que era repetidamente incitado por los partidos políticos, en relación con la convocatoria a elecciones. Durante los ocho meses de gobierno de Viola se asistió, en cambio, a un aflojamiento en los mecanismos de contención del debate político, al menos en los términos restrictivos que caracterizaron los cinco años previos de su antecesor, teniente general Jorge R. Videla. Y su signo más ilustrativo lo dio la constitución de la llamada **Multipartidaria**, agrupamiento de al menos cinco de las principales colectividades políticas orgánicas, que actuó sin interferencias ni prevenciones.

EL VETO A ELECCIONES

Desde antes de la formación de la Multipartidaria, era perceptible que en tanto el sector civilista o constitucionalista pugnaba por arrancar al gobierno militar un compromiso público de aceptación de una salida electoral —incluso, dentro de algunos sectores, con tolerancia definida hacia el modelo "a la brasileña"—, en el seno de la cúpula castrense y de los sectores civiles adictos a ésta la mera posibilidad de comicios en 1984 era desechada de plano. En cambio, los ejercicios de discusión giraban en torno de los nombres del relevo, todos ellos de génesis militar y en algunos casos se ampliaban hasta incluir los agudos aspectos de la economía, respecto de los cuales, no era secreto alguno, existían divergencias manifiestas entre las Fuerzas Armadas —notablemente en la Armada— e incluso dentro de la Fuerza Aérea y el Ejército.

Esas divergencias cobraron estado público y se expresaron de un modo pocas veces registrado en la historia nacional, al calor de una situación económico-financiera que los analistas más moderados califican como "difícil" y hasta "angustiosa", en tanto los exasperados que se ven a sí mismos como víctimas, no escatiman la locución extrema: "caótica". Prueba del nivel desusado del debate lo proveyó en abundancia la prensa porteña, la semana misma en que se resolvía la puja por el poder nominal entre los generales Viola y Leopoldo F. Galtieri.

Se produjo así un "sinceramiento" expresado en el airado intercambio de imputaciones entre el ex ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz, quien defendió su programa económico y atribuyó el estado actual de la economía a una desarticulación producida con motivo del relevo de Videla por Viola, y los sectores, dentro del mismo sistema, que afirman que el por ellos calificado "desastre nacional" comenzó, por lo menos, un año antes, en 1980, y afloró sin contención a partir de las quiebras en cadena de unas cuarenta compañías financieras, industriales y comerciales (Banco de Intercambio Regional, Grupo Oddone, SASETRU, entre otros), con punto de partida en la sobrevaluación artificial de la moneda.

UN PROGRAMA CON FISURAS EXPUESTAS

Entre las observaciones menos apasionadas de los observadores, pueden anotarse las siguientes: 1) hay casi general coincidencia en caracterizar al relevo de Viola como "golpe palaciego"; 2) esa coincidencia se renueva al destacar que el cambio se produce en medio de la apatía y la indiferencia de la población; 3) a partir de la percepción de que se trataría de "un problema de ellos", es decir, de las Fuerzas Armadas, no existe pesar por la salida de Viola, ni alegría porque sea reemplazado por Galtieri; 4) el ambiente de escepticismo y ajenidad que embarga a gran parte de la población no está contrapesado con indicios de cambios favorables o con anuncios optimistas, ni en lo económico ni en lo político; 5) el debate público del cual fue notable ejemplo la disertación de Martínez de Hoz y la réplica inmediata del brigadier Osvaldo Cacciatore, intendente municipal de la ciudad de Buenos Aires, que con cifras desarticuló los argumentos que hacían de la municipalidad capitalina un factor generador de la crisis, tiene como consecuencia, entre otras de gravedad para el régimen militar, la de que por primera vez sus fisuras quedan expuestas desde lo profundo del sistema imperante desde marzo de 1976, y no por agresión de la oposición, desde afuera; y 6) sin que estas puntualizaciones agoten las reflexiones que pueda suscitar el relevo de Viola por sus pares, las intimididades y entretelones del proceso que lo encuadró están llamados a generar, a corto o mediano plazos, subproductos y remezones inevitables en un instituto que, como el de las Fuerzas Armadas, padece, como los otros que integran el cuerpo de la nación, las peripecias y avatares que homogeneizan o dividen a los sectores de la comunidad total.

En este sentido, tanto en el semanario oficialista **Somos**, como en el matutino conservador y opuesto a Viola, **La Prensa**, no faltaron alusiones o citas expresas de los enfrentamientos intercastrenses de 1962 y 1963, expresados por las respectivas facciones en los colores de "Azules" y "Colorados". Las compuertas se han abierto y así lo revela el dato de que por tres veces consecutivas Viola puso, como condición para su renuncia "voluntaria", que Galtieri optara a su vez por renunciar a su condición de comandante en Jefe del Ejército, como precondition para asumir la presidencia. Este era un requisito previsto en los mecanismos que antecedieron al golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Por no aceptar Galtieri esa sujeción al pacto original inter pares, Viola prefirió que se le removiera de su función, para que quedara probanza de su virtual protesta.